

Quintín Racionero Carmona en el marco de la filosofía española actual¹

Tomás CALVO
(Universidad Complutense de Madrid)

Quiero comenzar manifestando mi satisfacción por tener una vez más la oportunidad de dedicar públicamente un recuerdo afectuoso y un homenaje sincero a la persona y a la figura de Quintín Racionero. Apenas un mes después de su fallecimiento ya tuve – ya tuvimos – la oportunidad de dedicarle nuestro recuerdo en la sesión científica de noviembre de la Sociedad Ibérica de Filosofía Griega de la cual Quintín Racionero era miembro activo desde su fundación. Hoy tengo otra vez la oportunidad de decir unas palabras, y en presencia, además, de su familia, de nuestra admirada y bien querida Lola Cabrera. Unas palabras de recuerdo como decía, a la persona y a la figura científica y académica de Quintín Racionero.

Como es bien sabido, Quintín tradujo a nuestra lengua la *Retórica* de Aristóteles, y a esta contribución de Quintín volveré más adelante. Entretanto y por el momento quiero recordar que Aristóteles en esta obra, en el c.3 del libro primero, distingue tres géneros oratorios, tres tipos de discursos retóricos, el deliberativo, el judicial y el epidíctico. En la distinción y caracterización de estos tres tipos de discursos juega un papel fundamental, no solamente el orador, sino también el destinatario, el auditorio que – como señala Aristóteles – asume siempre el papel de juez: en la oratoria forense, en la administración de justicia, los miembros del tribunal juzgan acerca del pasado sobre la base de los valores de *lo justo y lo injusto*; en la oratoria deliberativa, en los discursos políticos, los miembros de la asamblea juzgan no acerca del pasado sino acerca del futuro en la medida en que toman decisiones atendiendo a los valores de *lo conveniente y lo perjudicial*; en la oratoria epidíctica, en fin, el auditorio juzga acerca del presente, dice Aristóteles, con la mirada puesta en los valores de lo que es *bello, digno de estima y alabanza* contra *lo vergonzoso y digno de reprobación* (es decir, el objeto de la oratoria epidíctica es τὸ καλόν). Obviamente, mis palabras pertenecen en esta ocasión al género epidíctico y por tanto, han de moverse en el marco de “lo que es bello y digno de estima”.

¹ Palabras pronunciadas en el acto de homenaje al Profesor Quintín Racionero Carmona celebrado el día 6 de junio de 2013 en la Fundación Pastor (C/ Serrano, 107, 28006 Madrid).

Yo podría decir muchas cosas de Quintín, acerca de lo καλόν, lo bello y digno de estima en su vida, en su profesión y en su obra. Y no solamente en relación con su carrera universitaria y científica a la que asistí con asiduidad, sino también desde un punto de vista más cercano y personal. Pero no quiero extenderme acerca de mi *relación personal* con él, una relación que siempre fue de amistad, de una amistad cordial y de reconocimiento recíproco.

En tanto que miembro de la Sociedad Ibérica de Filosofía Griega – y también de la SEEC – yo quisiera recordar, entre sus muchas cualidades y dones, que Quintín reunía la doble condición, tan importante para nosotros, de ser a la vez un buen filósofo y un buen conocedor de las lenguas clásicas, latín y griego. No solamente era experto en ambos campos de hecho, sino que también lo era desde el punto de vista de su titulación académica, ya que en la Universidad Complutense hizo las dos licenciaturas, la de Filosofía y la de Clásicas, terminando ambas en 1972.

Como filósofo, sus intereses intelectuales eran amplios. Se centró de manera primordial en tres áreas o ámbitos históricos. Así, era un notable especialista en el *pensamiento moderno*, y muy particularmente en la filosofía de Leibniz. Es este un aspecto de su labor intelectual del que no voy a ocuparme, puesto que su contribución en este campo siempre podrá ser explicada mejor por miembros cualificados de la *Sociedad Española Leibniz*. Además, Quintín estaba interesado en aspectos relevantes de la *filosofía contemporánea* como las teorías pragmáticas de la racionalidad dialógica promovidas por comocidos filósofos como K.O.Apel y J.Habermas. En conexión con las dos perspectivas señaladas se interesó en la controversia como forma y método filosóficos, y de hecho era miembro cualificado de la Asociación Internacional para el Estudio de las Controversias (*International Association for the Study of Controversies*). A estas dos dimensiones de su actividad filosófica ha de añadirse, en fin, su interés por el *pensamiento post-moderno*. Estos focos de interés determinan, en su conjunto, las coordenadas de su propio pensamiento filosófico al cual contribuyó de manera muy poderosa y decisiva su estudio del pensamiento griego, en particular el de Aristóteles. A la vista del panorama que acabo de trazar no resulta casual, desde luego, que una de sus contribuciones más notables y más reconocidas haya sido precisamente su traducción, con comentario y amplísimas notas, de la *Retórica* de Aristóteles.

A esta contribución científica de Quintín Racionero quisiera referirme ya de una manera más explícita como la parte sustancial de esta nota recordatoria. En definitiva, es la contribución de Quintín en el marco de la filosofía griega lo que más propiamente me corresponde destacar como bello y digno de elogio. Pues bien, me permito recordar que su traducción de la *Retórica* de Aristóteles se publicó en la Editorial Gredos en el año 1990². En enero de 1991 se hizo su presentación en el

² Aristóteles, *Retórica*. Traducción, introducción y notas por Quintín Racionero. Madrid, Ed. Gredos, 1990.

Ateneo de Madrid en una sesión solemne y concurrida en la que tuve ocasión de hablar invitado por la editorial y por el propio Quintín.

En aquel acto de presentación basaba yo mi satisfacción fundamentalmente en dos razones. En primer lugar, en el hecho de que la obra, tomada en sí misma, al margen de cualquier circunstancia, me parecía el resultado feliz de un trabajo tan enorme como meritorio. Hay que ponerse a traducir una obra de este tipo para saber de verdad el trabajo que esto conlleva. Al respecto decía yo lo siguiente:

Q. Racionero nos ofrece no solamente una correcta traducción castellana de la *Retórica*, sino además una amplia introducción, densa y bien documentada, y un generoso aparato de notas que convierten sus anotaciones en un auténtico comentario. Ciertamente, un trabajo de esta índole y de esta envergadura nunca puede resultar plenamente satisfactorio en todo y para todo el mundo, y esto no tanto por posibles deficiencias del autor cuanto por razones inherentes a la propia naturaleza de la actividad hermenéutica. Más aún, ni siquiera el propio autor queda nunca plenamente satisfecho con la obra realizada en casos como este, como muchos de nosotros sabemos por propia experiencia. En todo caso, sus lecturas y decisiones acerca del texto aristotélico encuentran siempre respaldo desde el punto de vista filológico o filosófico. La obra, como tal, es de un alcance y valor que merece ser calificada, sin exageraciones, como un trabajo fuera de lo común dentro de nuestro contexto académico.

Hoy, después de más de dos décadas de utilizar esta obra para mis trabajos y para mis lecciones, continúo pensando exactamente lo mismo.

Pero en aquellas palabras que pronuncié al presentar su traducción y notas de la *Retórica* aristotélica insistía yo en un segundo motivo de satisfacción subrayando que nos encontrábamos ante una aportación muy oportuna y necesaria en relación con las demandas académicas y filosóficas actuales de habla hispana. Puesto que de la *Retórica* hablamos, me permito recordar que la idea de oportunidad, del momento oportuno, del *καρπός* es idea central en el ámbito de la retórica. Y la traducción de la *Retórica* de Aristóteles de Quintín fue extraordinariamente oportuna, apareció en el momento oportuno, al menos desde dos puntos de vista. En primer lugar, resultaba muy oportuna teniendo en cuenta la escasa atención que solía prestarse a la retórica en nuestro contexto académico y de modo particular en nuestro contexto filosófico, a pesar de la transcendencia histórico-cultural de esta obra aristotélica. Q. Racionero se refiere a ello en su "Introducción" al señalar y documentar las tres grandes líneas de lectura por las que ha discurrido la interpretación del texto aristotélico. (1) Así, tenemos su lectura como teoría y preceptiva *literaria* o teoría de los tropos (que fue la lectura predominante hasta la segunda mitad del s.XX). (2) Contamos, además, con una lectura de la retórica desde la perspectiva de la *política*, y en el seno de esta, como teoría de los caracteres, y más recientemente como "hermenéutica de las pasiones", tal como proponía M.Heidegger en el parágrafo 29 de *Ser y Tiempo*:

bajo los nombres de ‘pasiones’ y ‘sentimientos’ están los fenómenos conocidos ópticamente desde hace largo tiempo, y que han sido estudiados ya en la filosofía. No es ningún azar que la primera exégesis sistemática de las pasiones que nos ha sido transmitida no se encuentre hecha dentro del marco de la “psicología”. Aristóteles estudia los πάθη en el segundo libro de su “Retórica”. Esta [es decir, la *Retórica*] [...] ha de ser entendida como la primera hermenéutica sistemática (die erste systematische Hermeneutik) de la cotidianidad del “ser uno con otro” (Miteinanderseins).

(3) Por último, tenemos su lectura – sumamente importante y apropiada – como *teoría de la argumentación*. En tanto que teoría de la argumentación, la retórica entronca con la dialéctica, como el propio Aristóteles señala ya al comienzo mismo de la *Retórica* al afirmar que “la retórica es correlativa (ἀντίστοιχος) de la dialéctica” (*Ret.* I 1, 1354a1). Se trata de una temática de gran alcance e interés que, por lo general, era ignorada en el mundo académico de habla hispana. Tenía razón Quintín Racionero, sin duda, al quejarse de la falta de atención sufrida por la retórica en estos aspectos relevantes. Una muestra del olvido hispánico de esta dimensión de la retórica la tenemos, por lo demás, en el hecho de que el *Tratado de la Argumentación* de Ch.Perelman, obra que ha sido tan influyente como estimulante, se acababa de traducir apenas un año antes a nuestra lengua. Se tradujo en 1989, por tanto, más de treinta años! después de su aparición original en lengua francesa³.

Pero la oportunidad de su excelente traducción y comentario de la *Retórica* tiene que ver además con el auge, entonces, de filosofías de la argumentación dialógica a las que ya he hecho referencia, como las propuestas por K.O.Apel y J.Habermas. Con la aparición en escena de la *Retórica* de Aristóteles se ofrecía en nuestra lengua un instrumento y un referente importante de comprensión y de reflexión para las cuestiones relativas a la argumentación, a la filosofía práctica, a la hermenéutica, a la dialogicidad y en general, a la cuestión de las distintas formas de racionalidad.

Un grave error de la modernidad – si se me permite expresarme de este modo – fue identificar, sin más, lo científico con lo racional. De este modo, si lo científico es lo racional, todo aquello que no alcance el estatuto de cientificidad habrá de considerarse, *eo ipso*, como irracional. Frente a esta concepción de lo racional resulta sumamente oportuno recordar que la retórica y la dialéctica aristotélicas establecieron taxativamente que *caben otras formas de racionalidad* además de la científica. Y no me cabe la menor duda de que la *Retórica* aristotélica ofrecida por Quintín Racionero constituyó, y sigue constituyendo, un inapreciable instrumento para este debate en el que confluyen las teorías de la argumentación, las filosofías de la her-

³ Chaïm Perelman-Lucie Olbrechts-Tyteca, *Traité de l'argumentation: La nouvelle rhétorique*. Paris, Presses Universitaires de France, 1958 = *Tratado de la argumentación* (Trad. esp. de Julia Sevilla Muñoz). Madrid, Ed. Gredos, 1994.

menéutica y de la racionalidad dialógica, y la atención a las controversias, toda esta problemática en cuyo contexto se desarrolló y se ejerció el propio filosofar de Quintín.

Para concluir, me permitiré añadir aún un tercer aspecto en que su traducción española de la *Retórica* resultó particularmente oportuna. Se trata, en definitiva, de que su estudio de la retórica de Aristóteles fue oportuno en la medida en que marcó, a mi juicio, el *καίρος* fundamental para el desarrollo del propio pensamiento de Quintín Racionero. Un pensamiento que se nutrió muy fundamentalmente en el aristotelismo.

Tomás Calvo

Madrid, 17 de Junio de 2013